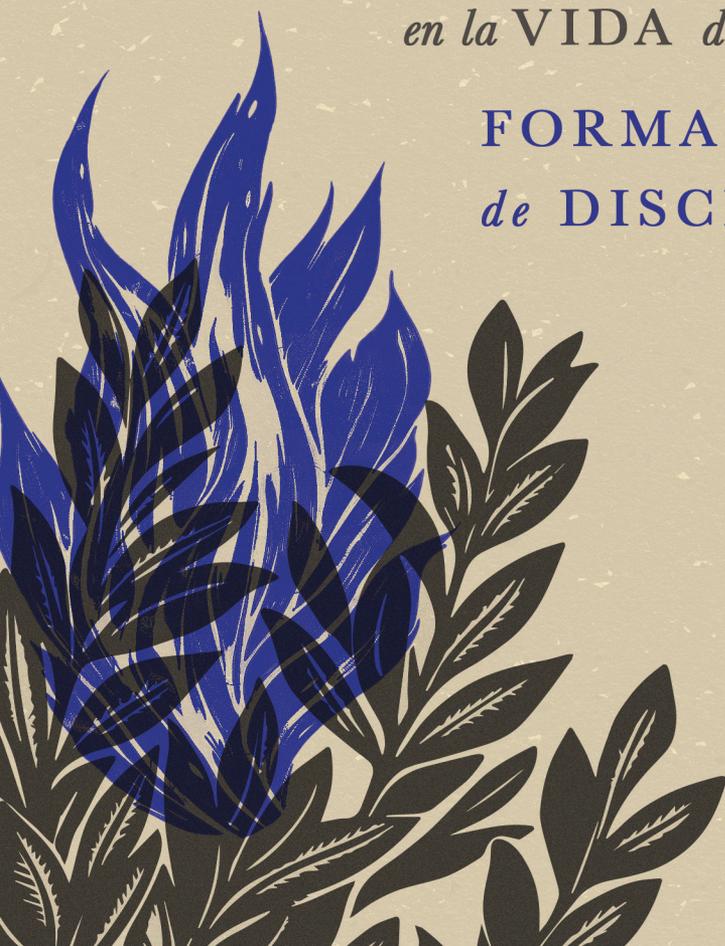


El

ESPÍRITU SANTO

en la VIDA del

FORMADOR
de DISCÍPULOS



El
ESPÍRITU
SANTO

en la

VIDA *del*
FORMADOR
de DISCÍPULOS



Gospel Publishing House

El texto bíblico indicado con «RVR1995» ha sido tomado de la versión Reina-Valera 1995 Reina-Valera 95® © Sociedades Bíblicas Unidas, 1995. Usado con permiso.

El texto bíblico indicado con «NVI» ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, NVI® Copyright © 1999, 2015, 2022 por Biblica, Inc. Usado con permiso. Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Escrituras tomadas de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.NuevaBiblia.com.

El texto bíblico indicado con ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, copyright © 2010. Usadas con permiso de Tyndale House Publishers, Carol Stream, Illinois 60188. Todos los derechos reservados.

© 2024 por Gospel Publishing House, 1445 N. Boonville Ave., Springfield, Missouri 65802. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, o, de otra manera — sin el consentimiento previo por escrito del editor, excepto citas breves utilizadas en conexión con comentarios en revistas o periódicos.

ISBN 978-1-60731-719-7

02-0744

27 26 25 • 1 2 3

Impreso en los Estados Unidos de América

ÍNDICE

5	Prólogo
7	Reflexiones iniciales
13	Capítulo uno: La Persona del Espíritu Santo en las Escrituras
29	Capítulo dos: El Espíritu Santo en la Palabra que enseñamos: Inspiración y revelación
41	Capítulo tres: El fruto y los dones del Espíritu
55	Capítulo cuatro: La obra del Espíritu Santo en el maestro o formador de discípulos
71	Capítulo cinco: Cómo formar a los discípulos para recibir el don del bautismo en el Espíritu Santo
87	Capítulo seis: El Espíritu Santo y el discípulo

101	Capítulo siete: Siete dimensiones de un discípulo lleno del Espíritu
123	Capítulo ocho: Mejores prácticas para formar a los jóvenes como discípulos
133	Capítulo nueve: Mejores prácticas para formar a los niños como discípulos
145	Capítulo diez: Próximos pasos y un llamado a la acción: Comisionar a la próxima generación de discípulos para perpetuar Pentecostés
155	Notas finales
159	Bibliografía
161	Biografía de los colaboradores

PRÓLOGO

Alrededor de 1900 empezaron a circular historias sobre personas que eran «bautizadas en el Espíritu Santo». Una de esas historias vino de una escuela bíblica en Topeka, Kansas. La historia cuenta que mientras buscaban el bautismo en el Espíritu Santo de la misma manera que la clase creía que estaba en las Escrituras, una joven estudiante, una mujer, comenzó a hablar en lenguas. Durante los años siguientes, esa experiencia se repetiría una y otra vez por toda la nación.

De Ohio a Texas, del noreste a California, este bautismo en el Espíritu Santo con la evidencia de hablar en lenguas se extendió como un incendio. Por un tiempo, el epicentro fue la calle Azusa en Los Ángeles, California. La gente viajaba a Los Ángeles desde toda la nación y alrededor del mundo para ver, escuchar y experimentar este aparentemente nuevo mover de Dios.

En 1914 se había formado una división entre la iglesia tradicional y estos «pentecostales». Muchos de los recién bautizados eran antiguos pastores locales de diversas tradiciones denominacionales. Debido a esta nueva experiencia con el Espíritu Santo, veían las Escrituras a través de lentes diferentes a las de sus tradiciones. Finalmente, los pentecostales decidieron reunirse en Hot Springs, Arkansas, donde formaron una confraternidad para los pentecostales que con el tiempo se llamaría Asambleas de Dios.

El enfoque acordado por la recién formada Fraternidad fue adherirse estrictamente a la Biblia, hacer de la evangelización mundial su prioridad y dar siempre cabida a la obra del Espíritu Santo. Más de 110 años después, este libro se ha escrito para ayudar a la Fraternidad Pentecostal, ahora mundial, a seguir dando cabida a la obra del Espíritu Santo.

No nos hemos convertido en la potencia evangelizadora mundial que somos solo por recordar lo que Dios hizo a principios del siglo XX, sino por seguir buscándolo. ¡Nuestra oración es que la verdad sobre el bautismo en el Espíritu, los dones del Espíritu, y los muchos otros ministerios del Espíritu compartidos en este libro ayuden a avivar la llama del Espíritu en nuestra generación y así generar nuestras propias historias!

—*Rick DuBose*

Asistente Superintendente General
de las Asambleas de Dios

REFLEXIONES INICIALES

Tim Enloe

Aunque tuve que entrecerrar los ojos para avanzar por el oscurecido pasillo, las voces de niños que gemían me guiaron como una linterna sónica. Mis brazos de diez años se estiraron al máximo, me extendí hacia la luz que brillaba a través de un agujero en el techo. Con gran esfuerzo, me subí a una caja grande y finalmente llegué a la parte superior del muro del escenario, asomando mi cabeza y torso lo más alto posible para poder ver. Mi visión tardó un minuto en reajustarse tras el paso repentino de la oscuridad a la luz.

Nunca había estado en ese pasillo; estaba prohibido, pero necesitaba ver la cara de mis amigos. Se comportaban de manera extraña y yo tenía que saber si estaban bien. Sentimientos contradictorios luchaban en mi interior. Por un lado, el miedo que sentía por ellos me consumía; por otro, ansiaba unirme a ellos. Mientras miraba de un lado a otro desde mi posición ventajosa en lo alto de la pared del escenario, podía ver las caras. Algunas caras humedecidas por las lágrimas, muchos niños con manos temblorosas y levantadas, mientras que otros estaban tendidos en el suelo y los labios de la mayoría de ellos se movían con rapidez.

Los evangelistas Tony y Janet DeRosa habían dirigido este servicio de campamento para niños, enseñando sobre el bautismo en el Espíritu Santo. Siempre había pensado que eso era sólo para los adultos, pero su enseñanza tan clara había despertado en la audiencia una comprensión más profunda y el deseo de recibir ese don. Sin embargo, el miedo puede actuar como un pegamento poderoso, y yo me había quedado pegado al asiento mientras todos mis amigos respondían, acercándose al altar del viejo tabernáculo para orar.

Me sentí como Zaqueo, esforzándome por ver la obra de Dios desde lejos, entonces pensé que Zaqueo tal vez tenía la respuesta a mi dilema. Me levanté de mi asiento, incapaz de ver a mis amigos entre los centenares de niños que llenaban el área de oración cercana a la plataforma. Busque un lugar elevado, y me fijé en el muro del escenario situado detrás de la plataforma; decidí que ese era el lugar óptimo para ver lo que el Espíritu Santo estaba haciendo a mis amigos. Me dirigí tranquilamente a la puerta lateral de la parte delantera del auditorio. Debajo del letrero «No pasar» había un picaporte desgastado y al correrlo, la puerta se abrió con un chirrido. La oscuridad me sorprendió una vez que la puerta se cerró. Luego trepé por la pared para conseguir encaramarme y ver, tal como la historia de Zaqueo.

Permanecí en ese lugar durante más de una hora, observando cómo mis compañeros experimentaban a Jesús que derramaba Su Espíritu Santo sobre ellos. Su llanto debió de ser contagioso, porque no pude resistir la oleada de emociones de vulnerabilidad que brotaban de mi interior. No había pañuelos de papel en ese lugar de la pared, así que mis manos fueron los constantes limpiaparabrisas para mis lágrimas. Observé un rostro y después otro, cada uno mostrando una alegría de otro mundo. ¿Qué significaba todo esto? ¿Por qué tenía tanto miedo en mi mente y tanta hambre en mi espíritu?

En ese momento, el deseo más fuerte que sentía era bajar y unirme a mis amigos en el altar, y experimentar a Dios con ellos. Pero el pegamento del miedo es muy potente, y no pude soltarme.

Pensándolo bien, tal vez el problema era que mis temores se basaban en ideas erróneas, desinformación e ignorancia. Esa noche comenzó un proceso de dos años en los que procesé esos temas antes de bajar de mi árbol de Zaqueo, y vivir la experiencia de que Jesús me bautizara en el Espíritu Santo a la edad de doce años.

Doy gracias a Dios por este vívido recuerdo de mi niñez, porque informa constantemente mi conciencia de aquellos a quienes hoy conduzco a Jesús, Aquel que bautiza en el Espíritu. A los catorce años, en otro tabernáculo de campamento, oí a Dios que me decía: «Enseña a otros acerca de mi Espíritu Santo». Yo reconocí sólo esa frase, pero fue suficiente para fijar un punto en el GPS como un destino a la distancia. Aquella noche comenzó toda una vida de estudio del Espíritu Santo y una pasión pertinaz por compartir sus maravillas con los demás. Cuanto más tiempo sigues a Jesús, tanto más importantes se vuelven los demás para ti.

Luego de treinta y tantos años de enseñanza y evangelización, he descubierto que muchas personas ven al Espíritu Santo desde la seguridad que brinda la distancia. Al igual que el hervidero de mi conflicto interior cuando tenía diez años, los temores de la gente generalmente están fundados en ideas erróneas, malentendidos y simple ignorancia bíblica.

Estas personas no limitan el misterio que perciben en torno al Espíritu Santo exclusivamente al bautismo en el Espíritu. He descubierto que en la mente de las personas que lideramos suele haber una desconfianza general y una renuencia cautelosa hacia el Espíritu. Al pensar en el Dios trino, muchos creyentes nunca cuestionarían las motivaciones del Padre o del Hijo, pero ellos mismos suelen tener reservas inmediatas cuando se trata del Espíritu Santo. Estas reservas tienden a encasillar a los creyentes en una categoría de meros espectadores en el momento de interactuar con el Espíritu Santo.

Sin embargo, sea que nos demos cuenta o no, las interacciones con el Espíritu Santo ya están sucediendo. El Espíritu obra en nuestra vida antes de que se produzca la salvación, convenciéndonos de nuestro pecado, de la justicia de Dios y del juicio venidero (Juan 16:8). En el momento de la salvación, es Él quien nos renueva, vivificándonos espiritualmente (Tito 3:5). Él viene a morar en cada creyente en el momento de la salvación; nuestro cuerpo se convierte ahora en Su templo santo (Romanos 8:9–11). Él nos hace crecer para ser más como Jesús en carácter moral a través de Su obra santificadora, que es evidente por el fruto del Espíritu (Gálatas 5:22, 23). Él nos asemeja más a Jesús cuando servimos a otros por Su obra de poder en el bautismo en el Espíritu (Hechos 1:8) y otros tipos de dones (1 Corintios 12:8–11). Aunque experimentamos su *ministerio*, de alguna manera, a *Él* lo pasamos por alto. Nuestro temor infundado puede crear obstáculos que impiden la ayuda que Dios ha puesto a nuestro alcance.

Durante nuestras conferencias de Encuentro con el Espíritu Santo, tenemos tiempos de preguntas y respuestas. Las preguntas a menudo revelan conceptos erróneos y temores comunes. Una pregunta común y equivocada de los participantes es: «Así que recibo el Espíritu Santo cuando soy salvo, pero también recibo el Espíritu Santo cuando aprendo a hablar otro idioma, ¿cierto?» ¿Puedes ver por qué Jesús te ha llamado a discipular a otros con la ayuda del Espíritu Santo?

Aunque podrías encontrar a algunos cristianos que se cierran al poder del Espíritu por ideas erróneas o falta de comprensión bíblica, también encontrarás lo contrario. Muchos pentecostales se cierran al ministerio

transformador y fructífero del Espíritu debido a sus propias ideas erróneas o a la falta de instrucción bíblica. ¡Formador de discípulos, tu papel es crucial!

El propósito de este libro es abordar estos y otros asuntos para ayudarte a guiar a otros a una mejor comprensión e interacción más profunda con el Espíritu Santo. En las páginas que siguen, no sólo aprenderás verdades teológicas, además encontrarás sabiduría práctica, que te permitirá ser el formador de discípulos que Dios quiere. Todo comienza contigo mismo.

Puesto que la palabra *discípulo* significa básicamente *estudiante*, el formador de discípulos actúa como guía, conduciendo a los demás a una vida espiritual más profunda y a la madurez. La idea del discipulado puede sonar abrumadora o incluso anticuada, pero es exactamente el 50 por ciento de la Gran Comisión que Cristo nos dio (Mateo 28:19). El discipulado requiere un formador de discípulos; por lo tanto, hemos orado específicamente para que este libro llegue a tus manos. Tú estás llamado a discipular a otros al mismo tiempo que creces en tu propio proceso de seguir a Cristo.

*¡Formador
de discípulos,
tu papel es crucial!*

Sentirse falto de recursos o de habilidades es normal; ¡como humanos, nos faltan ambas! Pero el plan de Dios incluye los recursos sobrenaturales del Espíritu Santo para ayudarnos a cumplir Su misión. Ten en cuenta que esos recursos están a tu disposición, hoy mismo.

En este libro encontrarás respuestas a preguntas muy antiguas y descubrirá nuevas fronteras de conocimiento. Cada autor ha sido seleccionado por su capacidad probada para articular y poner en práctica lo que enseña. Serás formado para hacer discípulos a medida que el Espíritu Santo obra de nuevas maneras en tu vida.

¿Cómo puedes crecer en tu confianza en el Espíritu Santo si primero no estás convencido de quién es y qué hace? Los teólogos Allen Tennison y Renea Brathwaite sientan las bases y profundizan en la identidad del Espíritu Santo, junto con un marco bíblico para interactuar con Él. Aprenderás cinco categorías de la obra del Espíritu en el Antiguo Testamento y cómo son ampliadas en el Nuevo Testamento por Jesús y su Iglesia.

La instrucción bíblica es fundamental para el discipulado, y la Biblia funciona como nuestro libro de texto inspirado. El respetado misionero, pastor y educador Waldemar Kowalski aporta claridad y sabiduría sobre la ayuda del Espíritu en la revelación de Dios a través de las Escrituras. Descubrirás cómo el Espíritu de Dios «dirige» personalmente la literatura de Dios, desde el origen de las Escrituras hasta Su ayuda para comprenderlas.

¿Es el Espíritu, como un rayo, un mero despachador de manifestaciones eléctricas espontáneas? ¿O desea transformarnos personalmente durante el proceso? Carolyn Tennant, educadora conocida por sus sólidas enseñanzas sobre los dones de Dios, revela la correlación entre el fruto y los dones del Espíritu.

Sabemos que el Espíritu Santo es nuestro Maestro Divino, pero ¿cómo se aplica eso cuando enseñamos a otros? Melissa Alfaro y Daniel Isgrigg analizan el misterio de ser guiados por el Maestro Divino. Entérate de cómo puedes contar con Su ayuda desde la preparación hasta la presentación, incluso en espacios de discipulado de gran complejidad.

Una de las áreas más incomprendidas en la tradición pentecostal es facilitar momentos oportunos para que otros reciban el bautismo en el Espíritu Santo. A partir de una gran experiencia, el evangelista y pastor Allen Griffin ofrece una visión esclarecedora y sabia que proviene de la experiencia sobre cómo elevar la conciencia del Espíritu en la vida de los demás. Concluye con ayudas prácticas para guiarte durante los momentos oportunos de manifestación del Espíritu.

¿Cómo ayuda específicamente al discípulo el Espíritu Santo, el Supremo Formador de Discípulos? ¿Qué importancia tienen las relaciones saludables en este proceso? El pastor y educador Brian Pingel revela cómo el Espíritu continúa el ministerio «codo a codo» con Jesús después de su ascensión, y cómo los formadores de discípulos pueden seguir ese modelo codo a codo con aquellos a quienes sirven.

¿Qué puntos de referencia debe utilizar un cristiano para determinar su salud espiritual personal? ¿Cómo pueden saber los formadores de discípulos si están siendo eficaces? A partir de su trascendencia en el ministerio, Elly Marroquín y Steve Pulis aportan claridad sobre siete dimensiones de un discípulo lleno del Espíritu.

Cada generación tiene una visión que ha sido modificada con respecto a la generación anterior. ¿Cuáles son las mejores prácticas para discipular a los jóvenes de hoy? Con la ayuda de los pastores

y mentores Darin Poe y Austin Westlake, podrás ver lo fácil que es facilitar la madurez de los estudiantes a través de vínculos sinceros y fraternos.

Jesús recibió a los niños y animó a los adultos a ser como ellos. Los niños son parte importante de la familia de Dios. El especialista en el ministerio a los niños, John Hailes, presenta sugerencias generales para ampliar su acción de discipulado de los niños y proporciona sabiduría específica para guiarlos al bautismo en el Espíritu.

Por último, Doug Clay, superintendente general de las Asambleas de Dios (EUA) y vicepresidente de la Fraternidad Mundial de las Asambleas de Dios (FMAG), nos hace un llamado a la acción, ofreciendo el fervor de su corazón por ver que cada generación es formada y fortalecida por el Espíritu Santo.

Que Dios nos use para liberar a otros de conceptos erróneos, de incomprendiones e ignorancia. Que Él nos conceda sabiduría para seguir Su ejemplo, para movernos de un árbol distante, como en la historia de Zaqueo, a un lugar de comunión con Dios. Que el Espíritu despierte el hambre espiritual no sólo en el discípulo, sino también en el formador de discípulos.

*El Espíritu creativo de
Dios te impartirá la
sabiduría específica que
necesitas.
Él te capacitará
para elevar a otros.*

Independientemente de la ubicación o del segmento de edad al que sirves, el Espíritu creativo de Dios te impartirá la sabiduría específica que necesitas. Él te capacitará para elevar a otros. Esperamos que tanto la información como la sabiduría práctica de esta colección puedan traducirse en tu contexto de discipulado, permitiéndote ser aún más eficaz.

El Espíritu no sólo quiere capacitarnos para hacer discípulos, también nos formará aún más como discípulos en ese proceso. ¡Abróchense los cinturones mientras experimentamos juntos un crecimiento acelerado!

Capítulo
UNO

LA PERSONA DEL
ESPÍRITU SANTO
EN LAS ESCRITURAS

*Allen Tennison
y Renea
Brathwaite*

Este capítulo ofrece una visión general de la obra y el carácter del Espíritu Santo según las Escrituras. Ningún capítulo puede abarcar en su totalidad la amplitud o profundidad de la enseñanza bíblica sobre el Espíritu de Dios. El presente capítulo sirve simplemente como una guía de la presentación del Espíritu en la Biblia. Al comprender la obra del Espíritu Santo como un todo, el lector podrá discernir las señales del Espíritu que están presentes en el discipulado.

EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

El «Espíritu de Dios»

Hay varios tipos de «espíritus» a los que se hace referencia en las Escrituras, desde espíritus humanos a espíritus demoníacos, pero sólo un «Espíritu de Dios». Hay lugares donde las referencias al Espíritu de

Dios se traducen como «el Espíritu», pero las referencias más comunes al Espíritu de Dios en el Antiguo Testamento son como el «Espíritu de».

En hebreo, el Espíritu Santo es más comúnmente referido como el «*rúakj Yéjová*» (Espíritu del SEÑOR) o «*rúakj Elohim*» (Espíritu de Dios). Dios también habló de «Mi Espíritu». Sólo tres veces en el Antiguo Testamento se hace referencia al Espíritu de Dios como «Espíritu Santo» (Salmo 51:11; Isaías 63:10–11).

Hay otros textos que se refieren al «Espíritu de» que completan el concepto con una característica de Dios como sabiduría o gracia (Isaías 11:2; Zacarías 12:10). Esto pone de relieve la naturaleza del Espíritu Santo como Dios y como Aquel que proporciona todo lo que Él promete. Cuando has encontrado al Espíritu de Dios, has encontrado a Dios. Todo lo que recibes del Espíritu Santo viene de Dios.

Podemos emplear cinco categorías para describir la obra del Espíritu en el Antiguo Testamento: vida, poder, justicia, revelación y promesa.

Podemos emplear cinco categorías para describir la obra del Espíritu en el Antiguo Testamento: vida, poder, justicia, revelación y promesa.¹ Esta categorización nos ayuda a tener una mejor perspectiva general de la obra del Espíritu en el Antiguo Testamento, pero también resulta útil para comprender cómo operó el Espíritu en el

Nuevo Testamento. Estos términos nos ayudan a discernir la obra del Espíritu Santo en nuestro mundo actual.

Espíritu de vida

La primera categoría se refiere a la creación y la vida. Todo permanece muerto sin el Espíritu de Dios. Génesis 1:2 nos ofrece primero una imagen del Espíritu de Dios «planeando» como un pájaro sobre las profundas aguas del caos. ¿Por qué planea el Espíritu? Según el Salmo 33:6, cuando Dios creó los cielos y la tierra, «sopló la palabra». Como «aliento» de Dios, el Espíritu esperó para llevar la Palabra de Dios que dinamizó la vida («y dijo Dios») al principio del mundo.

La presencia del Espíritu convierte el caos en cosmos (o mundo). El Espíritu lleva la Palabra de Dios para poner orden en el caos. Sin el Espíritu, todo vuelve a ser caótico. Cuando Dios amenazó con quitar su Espíritu en Génesis 6:3, numeró los días de la humanidad a 120 años. La Escritura presenta al Espíritu Santo como un agente de la creación y como la razón de la continuidad de la vida. Por el contrario, la pérdida del Espíritu trae la muerte (Job 34:14–15; Salmo 104:29–30).

El gran teólogo protestante Jürgen Moltmann relacionó el Espíritu Santo con el concepto de vitalidad en su obra *The Spirit of Life* [El espíritu de vida].² *Vitalidad* se refiere tanto a la fuerza vital de la vida como a la intensidad de la vida. En otras palabras, cuando se aporta vitalidad, algo que está muerto cobra vida. Cuando se aporta vitalidad a algo que ya está vivo, se vuelve más poderoso. El Espíritu de Dios aporta vitalidad, haciendo que las cosas muertas cobren vida y que las cosas vivas sean más dinámicas.

Espíritu de poder

La primera persona de la que se dice que fue «llena... del Espíritu de Dios», Bezalel, recibió el poder de ser un creador para crear el tabernáculo y los elementos de adoración (Éxodo 31:2–6). Como fuente de vida, el Espíritu Santo es también la fuente del poder generativo, que incluye varios tipos de habilidades otorgadas a los seres humanos.

Quizá más que nadie en el Antiguo Testamento, Moisés es la «persona del Espíritu» ideal. En Números 11, Moisés se quejó a Dios de que la carga de Israel había llegado a ser demasiado para él. Dios prometió que el Espíritu que estaba sobre Moisés sería dado también a los ancianos de Israel. La respuesta inicial de ellos que recibieron el Espíritu de Dios fue profetizar una vez como señal de esa recepción. Dos de los ancianos que no acudieron al llamado de Moisés también recibieron el Espíritu y comenzaron a profetizar. Cuando Josué le pidió a Moisés que les prohibiera profetizar, Moisés respondió: «¿Estás celoso por mí? Ya quisiera que todos los del pueblo del Señor fueran profetas y que el Señor pusiera su Espíritu sobre todos» (Números 11:29, NTV).

Curiosamente, como requisito el sucesor de Moisés también debía ser una persona del Espíritu (Números 27:18). Debido a que Moisés puso sus manos sobre Josué, Josué fue lleno de sabiduría (Deuteronomio 34:9). Los sucesores de Moisés y Josué, los jueces, también fueron

elegidos por el Espíritu que vino sobre ellos en un momento de necesidad de Israel (Jueces 3:10; 6:34; 11:29; 13:25; 14:6,19; 15:14).

A lo largo del resto del Antiguo Testamento, Dios dio el Espíritu para capacitar a quienes llevarían a cabo su voluntad, principalmente (aunque no exclusivamente) en las áreas de liderazgo y profecía. De Moisés a Malaquías, los profetas hablaron por el poder del Espíritu. El liderazgo de Israel, de Moisés a David, fue elegido por Dios mediante el don de su Espíritu. Incluso cuando la selección del liderazgo se institucionaliza, el primer príncipe que llegó a ser rey, Salomón, recibió sabiduría de Dios, que también está relacionada con el Espíritu de Dios (1 Reyes 3:12).

Espíritu de justicia

Dios dio su Espíritu a los líderes de Israel principalmente para que impartieran justicia.³ Los primeros líderes de Israel después de Moisés y Josué fueron conocidos como los jueces porque su tarea principal era juzgar a Israel. Muchos de los jueces fueron también libertadores, suscitados por el Espíritu de Dios para liberar a Israel de la opresión. Los jueces tenían el poder del Espíritu de Dios para impartir y garantizar la justicia. El final del Libro de los Jueces se centra en la incapacidad de Israel para hacer justicia correctamente, subrayada por un estribillo común: «En esos días, Israel no tenía rey; cada uno hacía lo que le parecía correcto según su propio criterio» (Jueces 17:6; 21:25, NTV).

Samuel hacía un recorrido para impartir juicios a los israelitas. Cuando fue sustituido por la demanda de una monarquía (debido a la injusticia de sus propios hijos), los reyes que siguieron también se atuvieron a las normas de la justicia en consonancia con el Espíritu que habían recibido. La capacidad de un rey para ejecutar la justicia correctamente era una prueba de su valía (2 Samuel 15:1-6). El fracaso en ejercer justicia podía privar del Espíritu de Dios a un líder que anteriormente había recibido el poder divino. Saúl es un ejemplo de esto (1 Samuel 11:6; 16:14; 19:19-24) y potencialmente en David, basado en Salmos 51:11, cuando oró que Dios no lo privara del Espíritu Santo después del maltrato a Betsabé y Urías (2 Samuel 11).

Espíritu de revelación

La falta de un liderazgo piadoso requería una corrección piadosa por parte de los profetas, también investidos por el Espíritu de Dios (2 Samuel 12). Elías fue tal vez el más famoso de los profetas que se enfrentó a los poderosos (1 Reyes 18). En 2 Reyes 2:9, Eliseo pidió a

Elías una doble porción de su espíritu antes de su partida. Cuando Elías fue arrebatado, se supuso que fue por el Espíritu. Cuando la escuela de profetas volvió a ver a Eliseo, reconocieron lo siguiente: «¡El espíritu de Elías reposa sobre Eliseo!» (2 Reyes 2:15, NTV).

Con el tiempo, los «profetas de la corte» consideraron que su función era dar al rey la palabra que quería oír (1 Reyes 22:18–25). La desconianza en quienes afirmaban tener el «Espíritu de Dios» puede haber llevado a profetas posteriores a hacer hincapié no en el «Espíritu de Dios» que venía sobre ellos, sino en la palabra de Dios que venía a ellos (Isaías 38:4; Jeremías 1:2–4; Ezequiel 1:3; Oseas 1:1; Joel 1:1; Jonás 1:1; Miqueas 1:1; Sofonías 1:1; Hageo 1:1; Zacarías 1:1; Malaquías 1:1). Obras posteriores siguieron relacionando el Espíritu con la profecía (Nehemías 9:20,30; Oseas 9:7; Zacarías 7:12). En 1 y 2 Crónicas, todas las referencias al Espíritu tienen que ver con el discurso inspirado (1 Crónicas 12:18; 28:12; 2 Crónicas 15:1; 18:20-23; 20:14; 24:20).

Incluso los paganos podían reconocer la necesidad del Espíritu en la revelación. Tener el Espíritu cumplía un criterio pagano para la interpretación de los sueños tanto en la historia de José («lleno del espíritu de Dios», Génesis 41:38, NTV) como en la de Daniel («El espíritu de los dioses santos vive en él», Daniel 4:8, NTV). El primer profeta profesional del que se dice que tenía el Espíritu de Dios en el Antiguo Testamento fue el pagano Balaam. Aunque no era israelita, Balaam fungía como un verdadero profeta de Dios que pronunciaba las palabras de Dios cuando el Espíritu venía sobre él (Números 24:1–4). Sin embargo, Balaam era un profesional que aceptaba dinero a cambio de profecías y finalmente tuvo un mal fin (Números 31:8).

Las palabras del profeta Isaías pueden representar el punto culminante de la pneumatología (estudio del Espíritu) del Antiguo Testamento. Isaías relacionó el Espíritu con el poder y el entendimiento de Dios en la creación (Isaías 40:12–14), con la alianza de Dios con Israel (Isaías 59:21) y con la santidad de Dios (Isaías 63:10–11). Isaías prometió que el Espíritu sería derramado para castigar a Israel por su pecado (Isaías 4:4) y más tarde para bendecir a Israel en su restauración (Isaías 44:3).

Espíritu de la promesa

En la época de los profetas que escribieron, el Espíritu de Dios no sólo llamó a Israel y a sus reyes a mantenerse fieles a Dios, también aseguró la fidelidad continua de Dios a Israel. Esa fidelidad se experimentaría a través de la venida de un rey caracterizado por el

poder del Espíritu. Isaías 61:1-3 habla en nombre del Mesías con la declaración de que «El Espíritu del Señor Soberano está sobre mí» (Isaías 61:1). Las promesas de un Espíritu mesiánico en Isaías están relacionadas con el poder, la revelación y la justicia. El Mesías sería ungido por el Espíritu de Dios para llevar la justicia a las naciones (Isaías 42:1-4). Junto con la promesa de justicia estaba la del conocimiento de Dios, de modo que el Mesías traería una cura tanto para la injusticia como para la idolatría (Isaías 11:1-5).

En Ezequiel está también la promesa de que el Espíritu convertiría a Israel en un nuevo pueblo de Dios. Dios prometió dar a Israel «un espíritu nuevo... mi Espíritu» cuando regresaran del exilio para que cumplieran el pacto (Ezequiel 36:26-27). En el capítulo siguiente, Ezequiel tuvo una visión de un valle de huesos secos que, aunque volvieron a unirse formando cuerpos, no podían revivir hasta que entrara en ellos el aliento divino (Ezequiel 37:1-14). Dios declaró que Israel regresaría del exilio, diciendo: «Nunca más esconderé mi rostro de ellos, pues derramaré mi Espíritu sobre el pueblo de Israel. ¡Yo, el Señor Soberano, he hablado!» (Ezequiel 39:29).

Estas promesas se hacen eco del deseo de Moisés en Números 11:29 de que Dios pusiera su Espíritu en todo el pueblo de Dios. Al igual que los ancianos de Israel en Números 11:25-26 o Saúl cuando recibió el poder para ser rey en 1 Samuel 10:10, la señal de que el pueblo había recibido el Espíritu sería la señal de la revelación: la palabra profética. Joel prometió que no se retendría el Espíritu a nadie que perteneciera a Dios:

«Entonces, después de hacer todas esas cosas, derramaré mi Espíritu sobre toda la gente. Sus hijos e hijas profetizarán. Sus ancianos tendrán sueños, y sus jóvenes tendrán visiones. En esos días derramaré mi Espíritu aun sobre los sirvientes, hombres y mujeres por igual» (Joel 2:28-29).

En el Antiguo Testamento, el Espíritu Santo representa la vitalidad de Dios evidenciada por la vida en la creación, el poder en el llamado y la restauración del pacto. Cada vez que alguien ve las señales de poder para hacer la voluntad de Dios, la declaración de la Palabra de Dios, e incluso las acciones orientadas hacia la justicia para aquellos a quienes Dios ama, esa persona está reconociendo los efectos del Espíritu de Dios.

EN EL NUEVO TESTAMENTO

El Espíritu de Jesús

Los profetas del Antiguo Testamento prometieron que el Mesías sería reconocido como Aquel sobre quien reposaba el Espíritu y que la comunidad de Israel también recibiría el Espíritu de Dios. En el Nuevo Testamento, estas dos promesas están relacionadas. El Mesías es reconocido no sólo como el que tiene el Espíritu, sino como el que también da el Espíritu a la comunidad.

En los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas

En todos los Evangelios, Juan el Bautista identificó primero a Jesús como Mesías por ser quien bautiza en el Espíritu (Mateo 3:11–12; Marcos 1:7–8; Lucas 3:16–17; Juan 1:32,34). Tanto Mateo como Lucas explican que la concepción de Jesús se debe al Espíritu Santo (Mateo 1:18–20; Lucas 1:35). Mateo, Marcos y Lucas destacan al Espíritu Santo en los relatos del bautismo y la tentación de Jesús (Mateo 3:16; 4:1; Marcos 1:10–12; Lucas 3:22; 4:1). Mateo y Marcos defienden el ministerio de Jesús, incluidas sus sanidades y exorcismos, como algo que ocurre por obra del Espíritu Santo. Al atribuir la obra de Jesús a Satanás nos arriesgamos a blasfemar contra el Espíritu Santo (Mateo 12:24–31; Marcos 3:22–30).

El Espíritu Santo vitalizó de tal manera cada aspecto de la vida y ministerio de Jesús que es imposible contar la historia de Jesús sin el Espíritu Santo.

Los Evangelios reservan un papel destacado al Espíritu Santo en la concepción, el bautismo, la tentación, el ministerio a Israel y, más tarde, el ministerio a la Iglesia y a través de ella. El apóstol Pablo relacionó además al Espíritu Santo con la resurrección de Jesús en Romanos 8:11, mientras que el autor de Hebreos afirmó que Cristo ofreció Su vida a Dios por medio del Espíritu eterno (Hebreos 9:14). El Espíritu Santo vitalizó de tal manera cada aspecto de la vida y ministerio de Jesús que es imposible contar la historia de Jesús sin el Espíritu Santo. De hecho, cuando las Escrituras se refieren a Jesús como *Cristo*, equivalente griego

del *Mesías* hebreo, que significa «Ungido», relacionan la identidad y las acciones de Jesús con el Espíritu Santo. Esto se debe a que los términos *Cristo* y *Mesías* describen a Jesús como el Ungido por el Espíritu Santo (Hechos 10:38).

Si el Espíritu Santo está vinculado a la creación de la vida en el Antiguo Testamento, entonces el Espíritu es una respuesta admisible a cómo Jesús fue concebido en una virgen en el Nuevo Testamento. Si el Espíritu es la fuente de poder sobre el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, entonces se esperaba que el Espíritu viniera sobre Jesús. Si el Espíritu impartía poder por causa de la justicia, entonces Jesús recibió poder para establecer el reino de Dios y toda la justicia que ello implica.

El Espíritu de revelación y promesa puede verse a través de las promesas del Antiguo Testamento cumplidas por Jesús, y también en la promesa de que el Espíritu sería enviado para dar poder y guiar a los discípulos. Lucas, que se refiere al Espíritu Santo más que ningún otro escritor de los Evangelios, identificó al Espíritu Santo como el Espíritu de oración, alabanza, profecía y poder (Lucas 10:21; 1:67; 11:13). El Espíritu estaba activo incluso antes del nacimiento de Jesús (Lucas 1:41–47) y fue prometido a los discípulos después de que Jesús ascendiera (Lucas 24:49). En Mateo y Marcos, Jesús prometió que el Espíritu ayudaría a los discípulos que fueran enjuiciados ante las autoridades (Mateo 10:20; Marcos 13:11). El Evangelio de Mateo termina con Jesús encargando a los discípulos que hagan discípulos y los bauticen en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mateo 28:19). Para ser discípulo de Jesús, hay que ser bautizado también en el nombre del Espíritu Santo.

En el Evangelio de Juan

De todos los Evangelios, Juan es el más singular. Juan hace más hincapié en cómo el Espíritu da vida y garantiza la verdad que en la función carismática («empoderamiento») del Espíritu que enfatizan los otros Evangelios. Jesús es superior a Juan el Bautista como Aquel sobre quien permanece el Espíritu (Juan 1:32–34) y Aquel a quien el Espíritu es dado sin límites (Juan 3:34). En Juan, Jesús explicó la salvación como un nuevo nacimiento por el Espíritu (Juan 3:5–8) y ofreció el Espíritu Santo como «agua viva» que sacia toda sed (Juan 4:10; 7:38).

Los capítulos del 14 al 16 de Juan proporcionan una de las enseñanzas más destacadas de las Escrituras sobre la obra del Espíritu Santo. Juan 14:15–18, 25–26 identifica al Espíritu como otro Abogado (*parákletos* en griego), el Espíritu de la verdad. Como otro *Paráclito*, el papel del

Espíritu es seguir a Jesús como primer Paráclito de los discípulos. *Paráclito* ha sido traducido como Ayudante, Abogado, Consolador y Consejero. En este papel, el Espíritu Santo capacita a los discípulos para cumplir la voluntad de Dios, algo que no pueden hacer sin Él.

En la inminente ausencia de Jesús, el Espíritu relacionaría a los discípulos con la presencia continua de Jesús y les transmitiría a ellos, de parte de Jesús, lo que no podían manejar en ese momento, pero que necesitarían en un futuro. Él les daría un conocimiento continuo de Jesús para enseñarles todas las cosas, recordarles todo lo que Jesús había dicho (Juan 14:26), guiarlos a toda la verdad (Juan 16:13) y glorificar a Jesús dando a conocer lo que el Espíritu recibiera de Jesús (Juan 16:14).

El Espíritu Santo también dará testimonio de Jesús en el mundo junto con la Iglesia (Juan 15:26–27) y «convencerá al mundo» (Juan 16:8) que está equivocado con respecto al pecado (debido a su incredulidad), la justicia (porque Jesús regresó al Padre) y el juicio (porque Satanás ha sido derrotado) (Juan 16:8–11). Lo hará mientras enseña a los discípulos aquello que procede de Jesús, pues glorifica a Jesús (Juan 16:14–15). El Espíritu que actúa como Abogado en un sentido legal para dar testimonio también se convierte en el Abogado que procesa a los que rechazan el testimonio. El Espíritu de testimonio es el Espíritu de justicia.

En el Evangelio de Juan, después de la resurrección, Jesús sopló sobre sus discípulos para que recibieran el Espíritu Santo (Juan 20:20–23), de un modo que recuerda el relato de la creación de Génesis 2:7, antes de que fueran enviados al mundo para dar testimonio y afrontar la persecución (Juan 21). Al igual que el papel del Espíritu Santo en la historia de Israel y su representación en el Antiguo Testamento, los Evangelios dejan claro que el Espíritu Santo es esencial para comprender tanto la historia de Jesús, como su ministerio continuo a través de la Iglesia.

El Espíritu de *Koinonia*

Hechos 2:42 revela que la primera comunidad cristiana después de Pentecostés se dedicaba a la «comunidad fraternal». El apóstol Pablo se refirió a la «comunidad del Espíritu Santo» en 2 Corintios 13:14 (junto con la «gracia del Señor Jesucristo» y «el amor de Dios»). La *comunidad fraternal*, del griego *koinonia*, puede entenderse como una referencia a la Iglesia como comunidad que se asocia en el Espíritu y por el Espíritu de Jesús. El Espíritu de Jesús es también el Espíritu de *koinonia*.

En el libro de los Hechos

Sin el Espíritu Santo, no hay Iglesia. El Espíritu de vida y poder produce el nuevo nacimiento en los creyentes (Juan 3:5) y da vitalidad a la Iglesia para la misión (Hechos 1:8). El Espíritu de justicia unifica a la Iglesia en una comunidad de creyentes reconciliada y justa con Dios y entre sí (Efesios 4:3). El Espíritu de revelación continúa dando

*Sin el Espíritu
Santo, no hay
Iglesia.*

testimonio a la Iglesia mediante las Escrituras y la profecía, y a través de la Iglesia mediante los dones espirituales (1 Corintios 12:3-7). El Espíritu de la promesa garantiza la salvación de los creyentes como un depósito o anticipo (2 Corintios 1:22; 5:5; Efesios 1:13-14).

El Espíritu Santo ocupa un lugar destacado en el Libro de los Hechos, segunda parte del Evangelio de Lucas.⁴ El núcleo de la enseñanza sobre el Espíritu se encuentra en Hechos 1 y 2. Jesús les dio una orden a sus discípulos elegidos por medio del Espíritu Santo (Hechos 1:2), les dijo que esperaran al Espíritu (Hechos 1:4) y les prometió que serían bautizados en el Espíritu Santo (Hechos 1:5). El Día de Pentecostés (Hechos 2) trajo esta promesa del bautismo en el Espíritu, que inició con señales de viento y fuego, llevando luego el don de lenguas. Como consecuencia atrajo a una gran multitud. Pedro interpretó este acontecimiento para la multitud reunida como el cumplimiento de la promesa de Dios en Joel 2:28-29 y lo relacionó además con Jesús como el cumplimiento de las promesas mesiánicas a David. Por último, la recepción del Espíritu demostró que Jesús había sido exaltado a la diestra del Padre, pues «...el Padre, según lo había prometido, le dio el Espíritu Santo para que lo derramara sobre nosotros, tal como ustedes lo ven y lo oyen hoy» (Hechos 2:33, NTV).

El Espíritu Santo siguió actuando en el libro de los Hechos. Lucas registró cinco historias de diferentes grupos de personas bautizadas en el Espíritu (judíos en Hechos 2, samaritanos en Hechos 8, gentiles en Hechos 10), así como Pablo y finalmente los creyentes efesios que podrían haber sido discípulos de Juan el Bautista (Hechos 9 y 19, respectivamente). La capacidad de hablar en lenguas se consideraba una señal adecuada del bautismo en el Espíritu y era necesaria para demostrar la inclusión de los gentiles, a quienes los cristianos judíos tal vez no habrían visto como creyentes de otro modo (Hechos 10:44-47).

En el libro de los Hechos, aquellos que estaban o fueron «llenos del Espíritu» actuaban de manera similar a Jesús. Pedro, «lleno del Espíritu Santo», dio testimonio ante el mismo Sanedrín que juzgó a Jesús (Hechos 4:8). Más tarde, Pedro resucitó a una mujer en su funeral (Hechos 9:40). Esteban, «lleno de fe y del Espíritu Santo» (Hechos 6:5), fue elegido como siervo (Hechos 6:3-5). Cuando lo mataron, pidió a Dios que perdonara a sus verdugos (Hechos 7:60). Felipe, hizo señales y prodigios en Samaria (Hechos 8:6-7) antes de ser conducido por el Espíritu al eunuco etíope (Hechos 8:26-39). Bernabé y Pablo estaban o fueron «llenos del Espíritu» (Hechos 11:24; 13:9) y se comportaron como Jesús durante todo su ministerio.

El Espíritu Santo continuó dirigiendo a la Iglesia tanto en su misión al mundo como en la atención mutua, mayormente a través de la profecía. La muerte de Ananías y Safira se atribuyó a haber mentido al Espíritu (Hechos 5:1-11), lo que puso de relieve la gravedad de la presencia del Espíritu en la Iglesia. El Espíritu Santo dirigió a Pedro para que evangelizara a los gentiles (Hechos 10:20; 11:12) y más tarde dirigió el Concilio de Jerusalén respecto a la inclusión de los gentiles (Hechos 15:28). El Espíritu Santo apartó a Pablo y Bernabé para el ministerio (Hechos 13:2), prohibió a Pablo viajar a Asia Menor (Hechos 16:6-7) y advirtió sobre futuras dificultades (Hechos 11:28; 20:28; 21:4,11).

En las cartas de Pablo

Pablo, en sus cartas, hizo ver su interés en la actividad del Espíritu.⁵ Sin embargo, Pablo también habló de la Persona del Espíritu Santo, atribuyéndole varias acciones personales que también se atribuyen al Padre y al Hijo (Romanos 8:11,26,34; 1 Corintios 12:6,11; 2 Corintios 3:6). Además, Pablo vinculó al Espíritu Santo con el Padre y el Hijo en relación con la Iglesia (1 Corintios 12:4-6; 2 Corintios 13:14; Efesios 4:4-6). Una manera de simplificar la enseñanza de Pablo sobre el Espíritu es destacar lo que dijo sobre el Espíritu Santo en relación con Dios, Jesús, la Iglesia, la salvación y el creyente.

Por lo general, Pablo escribió sobre Dios como el proveedor del Espíritu a los creyentes (Romanos 5:5; 2 Corintios 1:22; Gálatas 4:6; Efesios 1:17; 1 Tesalonicenses 4:8; Tito 3:6). Sin embargo, también hizo hincapié en el Espíritu Santo como una fuente para la Iglesia. Es la comprensión que el Espíritu tiene de Dios lo que hace posible la facultad de conocer u orar según la voluntad de Dios.

Pablo relacionó al Espíritu con Jesús, quien se apoyó en el Espíritu durante todo su ministerio (1 Corintios 15:45–49; Filipenses 1:19; 1 Timoteo 3:16). El Espíritu fue quien resucitó a Jesús de entre los muertos (Romanos 1:4; 8:11). El Espíritu del Señor transforma a los creyentes a la imagen de Cristo (2 Corintios 3:17–18). La obra del Espíritu puede conocerse por la confesión de Jesús porque el Espíritu siempre testificará de Jesús (1 Corintios 12:1–3). El ministerio del Espíritu confirma el evangelio de Jesucristo (Gálatas 3:2–5; 1 Tesalonicenses 1:5–6).

La Iglesia se convierte en un reflejo de Dios por obra del Espíritu Santo, ya sea como templo de Dios o del Espíritu Santo (1 Corintios 3:16–17; 6:19–20); en el funcionamiento y la maduración del cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:12–13; Efesios 4:11–16); y en la unificación del pueblo de Dios (2 Corintios 3:1–3; Efesios 2:18; Filipenses 1:27 a 2:2). El Espíritu Santo hace posible la adoración de la comunidad (1 Corintios 14:15; Efesios 6:18), otorgando dones a la Iglesia tanto para la evangelización como para atender a las necesidades. No hay una lista exhaustiva de dones en el Nuevo Testamento, pero cada lista específica representa los tipos de dones o manifestaciones atribuidos tanto al Espíritu como a Cristo (Romanos 12:6–8; 1 Corintios 12:6–8 28; Efesios 4:11, 1 Pedro 4:10–11).

El Espíritu Santo hace posible que entendamos y creamos el Evangelio (1 Corintios 2:10–16; Efesios 3:2–13). Pablo atribuyó a la obra del Espíritu Santo la eficacia de su ministerio de fundar iglesias y como prueba de ello (1 Corintios 2:1–5; 1 Tesalonicenses 1:5–6). El Espíritu Santo se convierte en agente de salvación para la Iglesia, una salvación que Jesús ganó y otorgó a través del Espíritu Santo (1 Corintios 6:11; 2 Tesalonicenses 2:13; Tito 3:4–7). La obra del Espíritu Santo también puede entenderse razonablemente en el lenguaje de Pablo sobre la inspiración o el aliento divino de las Escrituras (2 Timoteo 3:16–17).

El Espíritu Santo sirve como anticipo de la plena salvación de los creyentes (Romanos 8:23; 2 Corintios 1:21–22; 5:5; Efesios 1:13–14; 4:30). El Espíritu es el comienzo de la herencia en Dios que cambia la vida de los creyentes en el presente y que finalmente traerá nueva vida a partir de su antigua vida. El Espíritu Santo se convierte en la fuente del comportamiento ético de los creyentes (1 Corintios 6:19–20; Gálatas 5:16, 22–25; 1 Tesalonicenses 4:7–8).

La descripción más profunda que hace Pablo del ministerio del Espíritu en la vida del creyente se encuentra en Romanos 8. Describe la vida cristiana como una vida en el Espíritu—en quien existimos y en quien

debemos fijar nuestra mente. Todos los que pertenecen a Cristo tienen el Espíritu de Cristo. El Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos es el mismo que garantiza la resurrección de los creyentes. Si hacen morir las obras de la carne (deseos pecaminosos), entonces vivirán. Aquellos que son guiados por el Espíritu de Dios experimentan lo que es ser un hijo o una hija de Dios. Como el Espíritu da testimonio con el espíritu del creyente, se produce un doble testimonio que establece la verdad de la adopción por parte de Dios.

En Romanos 8, también se lo reconoce como el Espíritu de oración, que ayuda a los creyentes cuando claman a Dios Padre como enseñó Jesús (Romanos 8:26–27). Los creyentes pueden ser tan débiles que no saben cómo orar. El

Espíritu intercede por ellos (a través de ellos) del mismo modo que Jesús intercede por ellos ante el Padre. Estos gemidos pueden hablar de la frustración del creyente, pero también representan un lenguaje no racional que expresa la voluntad de Dios, quien conoce la mente del Espíritu.

En las epístolas paulinas, el Espíritu de Dios es el Espíritu de Jesús

- mediante el cual la gente puede confesar que Jesús es el Señor;
- en quien los creyentes se convierten en un solo cuerpo de Cristo, pueblo de Dios y templo del Espíritu; y
- a través del cual los creyentes pueden vivir como aquellos que son transformados por el Espíritu Santo, que actúa como el anticipo de Dios respecto a la promesa de salvación

La evidencia de Cristo, la experiencia de la salvación, la existencia de la Iglesia, y el poder para el ministerio son todos determinados por el Espíritu Santo.

En las epístolas generales y el Apocalipsis

Las epístolas generales detallan la obra continua del Espíritu en la vida del creyente. Primera de Pedro 1:2 nombra al Espíritu Santo como agente de santificación. En 1 Pedro 4:14, la persecución por causa de

Todos los que pertenecen a Cristo tienen el Espíritu de Cristo. El Espíritu de Aquel que resucitó de entre los muertos es el mismo que garantiza la resurrección de los creyentes.

Jesús es señal de que el Espíritu de gloria reposa sobre los creyentes. Los que oran en el Espíritu son edificados en la fe (Judas 20).

La epístola de 1 Juan habla del Espíritu en estrecha relación con Cristo y con los cristianos. El Espíritu sirve como testigo de la presencia de Dios en los creyentes (1 Juan 3:24; 4:11-16) y como testigo de Cristo (1 Juan 5:6-8). El testimonio de que Cristo ha venido en la carne sirve como prueba de que las personas tienen el Espíritu Santo (1 Juan 4:1-3).

En las epístolas generales se hace un fuerte énfasis en el Espíritu como fuente de la revelación de Dios. En Hebreos, el Espíritu da testimonio de la verdad del Evangelio mediante milagros y dones (Hebreos 2:4) y de la Iglesia mediante los ejemplos del Antiguo Testamento (Hebreos 3:7-11; 9:8; 10:15-17). Las cartas de Pedro relacionan al Espíritu con la inspiración de las Escrituras (1 Pedro 1:10-12; 2 Pedro 1:16-21).

El Apocalipsis relaciona el Espíritu con la profecía, tanto en alusiones constantes al Antiguo Testamento (por ejemplo, Daniel, Ezequiel) como en declaraciones proféticas directas. Juan escribió que estaba «en el Espíritu» el Día del Señor cuando tuvo una revelación de Jesucristo (Apocalipsis 1:10). Juan recibió siete mensajes adaptados a las iglesias de Asia Menor; cada uno de los cuales termina con: «el que tenga oídos para oír debe escuchar al Espíritu y entender lo que él dice a las iglesias» (Apocalipsis 2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22). Apocalipsis 19:10 afirma que «El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía». El Espíritu también habló directamente en Apocalipsis 14:13 de la bendición a los mártires y en 22:17, donde el Espíritu se une a la novia para llamar a los sedientos a beber del agua de la vida.

EL ESPÍRITU DEL DISCIPULADO

El Espíritu de Dios y de Jesús es también el Espíritu de comunión para la Iglesia. El Espíritu Santo que actuó en la creación, el empoderamiento, la justicia y la revelación a Israel es el mismo Espíritu que actuó en Jesús y a través de Él y que sigue actuando en y a través de la Iglesia. La Iglesia da testimonio de Jesús por el poder del Espíritu y en la esperanza que nace de la garantía del Espíritu para el futuro.

El llamado de la Iglesia implica indagar dónde está obrando el Espíritu Santo y sumarse a él. El discipulado puede reconocerse como una obra del Espíritu siempre que se observen las siguientes señales:

- Todo aquel que tenga aliento puede confesar que Jesús es el Señor.
- Todo aquel que confiesa a Cristo tiene el Espíritu de Dios.
- Cualquiera que tenga el Espíritu puede recibir poder para el servicio.
- Dondequiera que hay un clamor por justicia en este mundo, las personas ya están mostrando su hambre por el reino de Dios, y el Espíritu ya está trabajando allí.
- Dondequiera que se proclama la verdad de Dios, el Espíritu está activo.
- En su fe, esperanza y amor a Dios y a los demás, los creyentes evidencian la presencia y la obra del Espíritu Santo.
- Nadie puede ser formado como discípulo fuera de la comunidad cristiana, y ninguna iglesia puede formar discípulos apartada del Espíritu Santo.

Los creyentes deben reconocer que el Espíritu ya está actuando dondequiera que ellos hagan la voluntad de Dios, y dondequiera que ellos no puedan ir, el Espíritu Santo sí puede.

En resumen, la Persona y la obra del Espíritu Santo no son conceptos periféricos, como a veces se los describe. Por el contrario, son fundamentales en la narrativa de la obra de Dios en el mundo, en medio de su pueblo. El Espíritu Santo permitió a los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento vivir de acuerdo con las promesas de Dios. Y lo que es más trascendente, el Espíritu Santo es la fuente de vida, poder y revelación para Jesús y, a través de Jesús, por el bien del reino justo y santo de Dios. En consecuencia, el Espíritu Santo es la fuente de vida, poder, revelación y santidad para la Iglesia y a través de ella y también de cada creyente por el bien de ese mismo Reino. Ser discípulo de Jesús significa que las personas son y necesariamente deben ser personas del Espíritu.

Ser discípulos de Jesús significa que las personas son y necesariamente deben ser personas del Espíritu.

PARA REFLEXIONAR

Escribe tus pensamientos en un diario o conversa con tu grupo pequeño.

- 1. Piensa.** Considera las cinco categorías que describen la obra del Espíritu en el Antiguo Testamento: vida, poder, justicia, revelación y promesa. Luego piensa en el Espíritu de Jesús y el Espíritu de *koinonía* en el Nuevo Testamento. ¿Cómo has visto a Jesús llevar a cabo la obra de estas cinco categorías en tu vida y en la Iglesia?
- 2. Ora.** ¿Estás anhelando ver una de estas categorías incrementada en tu vida a través del toque del Espíritu? ¿Necesitas su ayuda para la vida, el poder, la justicia, la revelación o la promesa? Escribe tu oración por ese anhelo en tu diario.
- 3. Actúa.** ¿Qué puedes hacer hoy para dejar que el Espíritu de Jesús fluya a través de ti?

¿CÓMO VAS A RESPONDER?

El Espíritu Santo en la Vida del Formador de Discípulos te equipa con una comprensión del papel del Espíritu Santo en tu vida. Como recurso que puede ser utilizado por laicos y líderes ministeriales, también provee ideas prácticas para cualquiera que esté formando a discípulos para recibir el bautismo en el Espíritu Santo.

Más que nunca, en estos últimos días, el Espíritu Santo necesita que los cristianos respondan al llamado a ser formadores de discípulos.

¿CÓMO VAS A RESPONDER?

RELIGIÓN/Vida Cristiana/Crecimiento Espiritual



Gospel Publishing House

MiIglesiaSaludable.com

ISBN: 978-1-60731-719-7



9 781607 317197